

# ¡A LA REVOLOTÁ!

Ensimismado en sus queridos recuerdos, el hombre entrecerró los ojos ignorando, por completo, los acompasados y ruidosos ronquidos de su mujer y pese al cosquilleo que sentía en el estómago, no se inmutó siquiera. Permaneció inmóvil; fiel a sus íntimas reflexiones sobre tiempos pasados, aquellos en los que él era aún un niño.

Una vez más, se contempló a sí mismo analizando sus emociones. Se encontraba sentado a la sombra de un grandísimo árbol contemplando, con curiosidad, a los jornaleros.

-Padre, ¿cuándo comemos?- preguntó con una mano a modo de visera sobre su frente para evitar, así, el impacto directo de la luz del sol.

El hombre alzó la vista al cielo, dubitativo. Su camisa, empapada en sudor, pareció brillar durante un breve instante.

-¿Almorzamos o qué??- preguntó a su compañero. El zagal tiene hambre.

El aludido contempló, absorto, a los bueyes y se limitó a asentir con la cabeza.

El paso de los años no había borrado ni un solo detalle de entonces. Fue en aquel preciso momento cuando rogó, divertido:

-Padre, ¡échalo!

El semblante de su padre adoptó una expresión que no olvidaría jamás. Era una mezcla de felicidad, de orgullo, de pasión.

Con voz quejumbrosa y potente, porque nacía desde muy dentro, comenzó a soltar su primera coplilla. La entonaba bien alto y con sentimiento, como brota todo aquello que sale, directo, del corazón.

Aún resonaba en sus oídos cada una de sus estrofas del canté jondo que él, por supuesto, escuchaba entusiasmado.

Sus manos sacaron con torpeza de la mochila las viandas que preparara su madre para ambos: un poco de chorizo, un gran trozo de queso y enormes tajadas de pan.

Al acabar el hombre suspiró, miró a su compañero y jocosamente, le soltó:

¡Ahora tú, échalo!

El calor apretaba bastante y sin embargo, el labrador aceptó el envite y continuó aquel diálogo cantado tomando asiento junto a ellos, con la mirada perdida en el horizonte. Sus manos, acariciaron la tierra, hundiendo los dedos en los surcos recién abiertos.

¡Sudor, esfuerzo, cansancio y apego a la tierra! ¡Aquellas eran las premisas de todo jornalero en Bujalance!

Al pensar en ello, el hombre se estremeció abandonando, de forma abrupta, esas pequeñas trazas de la que fue su tierna infancia.

Hacia ya mucho tiempo que no experimentaba una emoción tan intensa así que en cuanto la luz del sol comenzó a asomar con timidez, el hombre se abalanzó sobre sus zapatillas con una amplia sonrisa en sus labios.

-¡Es la hora de la “revolotá”!- pensó para sí con la imagen del pájaro en su mente.

Una voz femenina y somnolienta interrumpió sus reflexiones.

Manuel, ¿estás seguro?- preguntó inquisitiva.

--Completamente seguro-respondió él desde el baño mientras se aseaba.

-Manuel, que el niño es muy pequeño aún, ¡déjale dormir un poco más!- insistió ella poniéndose también en pie.

El hombre la contempló risueño, con una luz especial en sus ojos.

-¡No puedo, sabes que no puedo!- contestó. Llevo años esperando este momento y si no llega a ser por ti, ya lo hubiese hecho antes.

El niño cumple hoy siete años y es casi un hombre. ¡Es el mejor de los momentos!

El niño tiene que...

-¡Ya, ya lo sé!- cabeceó ella anudándose la bata.

¡Un niño tiene que aprender de sus abuelos!

El hombre aceleró sus pasos hacia el dormitorio de su hijo y de repente, se volvió un minuto hacia su mujer para aseverar:

-Todos tenemos nuestras raíces. Yo sé de dónde vengo y quiero que mi hijo conozca de dónde vengo yo y, por tanto, de dónde viene él.

La mujer le miró complacida, estampando un sonoro beso en sus labios.

-¡Despierta al niño! ¡A la “revolotá” es buena hora!- replicó convencida.

Adrienne Taryn